

PRÓLOGO

¿Por qué una revista de teología y ciencias en lenguas de origen latino?

Es preciso reconocer que el tema del diálogo entre «ciencia y religión» se instaló académicamente y se popularizó mayoritariamente en el área angloparlante. Probablemente, el motivo más determinante de esto haya sido que las ciencias naturales adoptaran el inglés como lengua técnica y que los países anglosajones, al menos en gran parte del último siglo y medio, hayan sido los que desarrollaran la ciencia y la técnica de un modo más destacado que el resto del mundo. Esta supremacía del inglés en el ámbito científico y tecnológico ciertamente no ha implicado que esta lengua sustituyese al resto en otras áreas de la cultura: basta pensar, por ejemplo, en lo que ha significado la filosofía francesa o la alemana durante los siglos XIX y XX para evitar extraer falsas conclusiones acerca de la hegemonía cultural del inglés. Por otra parte, las mismas ciencias han utilizado otros idiomas como canal expresivo. En efecto, el latín fue la lengua universal durante la edad media y buena parte de la moderna, y naturalmente también lo era para la producción filosófica y científica.

Galileo Galilei, por tomar un ejemplo de científico moderno, escribía en italiano. Y, durante los siglos XIX y XX, el francés y el alemán disputaron la hegemonía lingüística en el mismo terreno de las ciencias naturales.

Asimismo, otras disciplinas del conocimiento humano -como la ya mencionada filosofía, la literatura y el pensamiento religioso- no circulan por los mismos andariveles que las ciencias. En realidad, todo el pensamiento de las humanidades se expresa primariamente en sus idiomas originarios. Es que el sustrato semántico de las lenguas, en gran medida, es intransferible a otras. Por más esfuerzos de traducción que hagamos, las tragedias griegas dejan algo afuera en sus versiones modernas. Tampoco Shakespeare o Cervantes, llevados a otros mundos lingüísticos, permanecen inalterados. La expresión italiana *traduttore, traditore*, aun cuando sea injusta con la notable densidad de conocimientos y arte que comporta el poder transponer contenidos de un idioma a otro por parte de intérpretes

y traductores, detecta un aspecto que también cierto, y que es admitido por cualquier traductor: hay algo no puede ser totalmente transpuesto al idioma receptor. Tal como señalaba el filósofo de la Hermenéutica Hans Georg Gadamer, existe una precomprensión propia de la idiosincrasia de la lengua que orienta hacia una determinada manera de comprender. O, como señala George Steiner, cada lengua expresa el mundo a su modo¹.

En el ámbito religioso, esta originalidad es muy clara: las religiones se han fraguado en culturas particulares, asumiendo expresiones de sus lugares y épocas de generación. En el caso particular del pensamiento bíblico, esto ha sido sumamente estudiado: sin una referencia a la cultura judía es imposible comprender el mensaje que comunica. El hebreo, el arameo y el griego del tiempo inmediatamente anterior y posterior a Jesús de Nazaret son indispensables para comprender el sentido de los textos bíblicos. Para el judaísmo, Dios habla a un pueblo en épocas determinadas y con un lenguaje concreto. Para el cristianismo, además, la Palabra se humaniza y se integra en un pueblo e historia particulares. Toda transferencia hacia otros ámbitos semánticos llevarán la carga de la distancia hermenéutica: será lo mismo, pero diferente.

De allí que la teología, en particular la

originada en el pensamiento bíblico, siempre remita a áreas semánticas originarias -relacionadas con el mundo hebreo y griego-. Pero, por otra parte y como correlato del primer movimiento, la teología tiende a someterse a las condiciones expresivas de los mundos en los que se produce. En efecto, el pensamiento teológico tiene una necesidad de entrar en los espacios hermenéuticos de los sujetos a los que se dirige, pues, de lo contrario, sería incomprensible. En realidad, la teología, en cuanto fe razonada, procura elaborar los contenidos de su creencia en los marcos de la racionalidad del tiempo en el que vive el creyente que piensa su fe y sus destinatarios. De este modo, intenta pensar lo que entiende como revelación divina bajo las categorías del pensamiento de su época, tanto en sus dimensiones científicas, filosóficas o estéticas.

En particular, el influjo de la cultura latina en las lenguas romances cristalizó en múltiples modos de comprender la realidad que, en cierta medida, son difícilmente transferibles a otros espacios lingüísticos. Y, aunque las lenguas neolatinas modernas tengan identidades por momentos muy disímiles, conservan un sustrato comprensivo común.

Naturalmente, hay una tradición importante de científicos, filósofos y teólogos que han utilizado el latín o sus lenguas derivadas para pensar y comunicar sus investigaciones. Algunos de ellos han transitado un camino interdisciplinar —haciendo uso de una expresión obviamente reciente— en

1 Steiner, Georg, *Presencias reales* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1993) pp. 75-76.

otros tiempos. Algunos lo hicieron en clave disyuntiva: Tertuliano, por ejemplo, aunque utilizó la filosofía estoica, contrastaba el pensamiento de «Jerusalén» contra el de «Atenas». San Agustín de Hipona, por su parte, desarrolló una «sacra doctrina» utilizando recursos filológicos y filosóficos. También san Jerónimo, para la traducción de la Biblia al latín, empleó lo que las ciencias del lenguaje podían ofrecer en su tiempo y, obviamente, trasvasó el pensamiento bíblico dentro de la por entonces omnipresente lengua latina. Los monasterios benedictinos tuvieron un rol fundamental en la conservación viva de la tradición filosófica y científica griega. El siglo XIII conoció el cruce de las racionalidades provenientes precisamente de Grecia, a través de algunos comentaristas musulmanes, con la teología occidental del primer milenio: esto dinamizó al pensamiento teológico. San Alberto Magno y santo Tomás de Aquino fueron algunos de los más entusiastas y lúcidos receptores de este encuentro de «horizontes hermenéuticos». Resulta significativo releer la primera cuestión de la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino, quien se pregunta precisamente «si la Sacra Doctrina es una ciencia»: el concepto de ciencia (*epistème*) es el aristotélico, y la respuesta es afirmativa. Avanzando en el tiempo, aparecen algunos nombres que incluyen las ciencias naturales o matemáticas dentro del campo de su pensamiento teológico. Tal es el caso, por ejemplo, de Nicolás de Cusa quien, aunque siendo alemán, todavía escribía en latín, y que introdujo elementos matemáticos

en su teorización filosófica y teológica. Melchor Cano, de Salamanca, merece una mención por su sistematización de los «lugares teológicos», una criteriología del saber teológico que incluye referencias a las fuentes de la razón humana como la historia y la filosofía. Ciertamente, Galileo Galilei, extraordinario científico y objeto de uno de los más lamentables conflictos entre ciencia y religión de la historia, es también un importante teórico del vínculo entre fe y ciencias. Al recoger la tradición de los «dos libros» —el de la naturaleza y el bíblico— y acotar que el primero está escrito en caracteres matemáticos, dio una clave de distinción entre ambos modos de conocimiento (anticipando algunas propuestas recientes, como la de los «magisterios no superpuestos» de Stephen Jay Gould). Blas Pascal puede ser recordado como un notable matemático y, a la vez, como un profundo pensador cristiano; y, aunque sostuviese la necesidad de no identificar al Dios de Abraham con el de los filósofos, practicó una reflexión de la fe sin por ello renunciar a las ciencias. Finalmente, y en un salto exigido por el carácter sintético de esta presentación, en el siglo XX encontramos varias figuras científicas de origen culturalmente latino que han buscado caminos de interacción entre ciencia y fe. Probablemente, Pierre Teilhard de Chardin sea una de las más emblemáticas, aunque ciertamente no la única.

Puesto que una parte importante de América conoció el influjo de las lenguas castellana y portuguesa —en menor medida, francesa— merecería destacarse

que en la así llamada América Latina hubo un entrecruzamiento con las culturas originarias, las que no sólo detentaban una religiosidad muy profunda, sino incluso notables muestras de conocimiento experimental de la naturaleza. En ese contexto, se produjo un importante desarrollo de investigaciones científicas y de incorporación del pensamiento religioso nativo en síntesis teológicas fundamentalmente cristianas.

Retomando la pregunta inicial: ¿por qué una revista de teología y ciencias en lenguas romances? A la luz de lo ya señalado, se podría contestar que la existencia de una muy rica tradición de pensamiento humanístico, religioso y también científico necesita un cauce expresivo afín con el talante propio de la latinidad. Con clara conciencia de la

pluralidad cultural que existe hoy en día -¿qué relación pueden tener un parisino o un madrileño con un campesino brasileño o andino?- pensamos que el sustrato latino actúa como capa geológica lingüística operadora de cierta comprensión de fondo de algunas cuestiones. Y que, por otra parte, las profundas elaboraciones del pensamiento filosófico, humanístico y teológico originadas en las áreas latinas no siempre encuentran cauce adecuado en los debates actuales de ciencia y religión, marcadamente centrados por la agenda anglosajona.

En síntesis: *Quaerentibus* pretende hablar sobre el tópico universal de teología y ciencias pero desde una plural idiosincrasia sedimentada sobre su lejana raíz latina.

— Lucio Florio